

Eufrasia. Es necesario, que su semblante no se deje nunca perturbar de ningun mal humor; que sus ojos no anden esparcidos ó derramados; que su lengua no sea sobradamente libre en hablar; que nunca hablen de sí mismas sin necesidad; que á nadie difamen ó desacrediten; que no se ensalcen sobre las demás; que nada se note de inmodesto en sus risas; nada de burlesco ni irrisorio en sus discursos; nada de indecente en su exterior; nada de altivez ni procasidad en su modo de andar; que no sean vengativas, volviendo mal por mal, ni ultraje por ultraje; que esten siempre llenas de una caridad tan grande que se hallen dispuestas á dar la vida por sus prójimos: y que, añadiendo todas las demas virtudes á la virginidad que conservan, hagan ver al mundo en su persona unas costumbres angelicales; viviendo ya sobre la tierra de una manera semejante á la en que vivien aquellos soberanos espíritus en el cielo.

Olimpia. Todo eso lo juzgamos muy justo y muy racional; y así, nos conformamos con ello de todo nuestro corazón; y nos faltan ciertamente palabras para darte gracias segun mereces.



CONVERSACION LXXXIII

PARA INSPIRAR EMULACION A LOS NIÑOS.

Respondedme con toda naturalidad: ¿vuestra memoria es tal y tan feliz, que pueda bastar á aprender todo lo que sé señala de lección?

Dorotea. Cualquiera que te oiga eso, ¿no pensará que se nos den cuantos libros hay en el mundo, para que estudiemos todos á un tiempo?

Constancia. Bien puede suceder que eso no sea así; mas con todo, yo ni mas ni menos lo he oido decir.

Dorotea. Yo bien creo, que así lo habréis oido decir; pero no puedo persuadirme á que hayáis creido nada de eso.

Angela. El rumor ha cundido ya tanto, que casi, casi estoy tentada por creelo.

Dorotea. A este tal rumor no le falta mas que el que fuese verdad, para que nos hiciese mucho honor.

Constancia. Pero ¿qué? ¿No es cierto, que si no todos cuantos libros hay, á lo menos, son muchísimos los que se os dan para que los estudiéis?

Dorotea. El hecho es este: se nos señala cada semana cosa de doce lineas, poco mas ó menos para que las aprendamos; que vienen á ser dos renglones cada día; y cada hora que sale por una ó dos palabras. ¿Es asunto este para tanto ruido?

Angela. Por mí te confieso con toda verdad, que si esto poco oprime y quebranta las memorias, según dicen por ahí; bien es menester, que semejantes memorias sean tan pequeñas como unas hormigas.

Dorotea. Yo no sé ni entiendo de andar con embustes; lo cierto es, que no nos señalan mas lección que la que he dicho.

Constancia. Pero no os encarga tambien el Catecismo; la Epístola y el Evangelio del día?

Dorotea. ¿A qué viene ahora burlarse de nosotras? Eso de Catecismo se da solamente á los muchachuelos: nosotras como le sabemos desde edad de cinco años, ya no tenemos mas trabajo que el de repararle de cuando en cuando.

Angela. Por lo menos, ¿no tenéis todavía que estudiar Epístola, y el Evangelio?

Dorotea. Sí cuando llegó nuestro turno; pero apenas suele acontecer esto una vez en tres meses.

Constancia. Si yo no tuviera bien reconocida tu rectitud y sinceridad, con mucha dificultad te creyera, después de tanto como he oido decir por ahí

Dorotea. Yo no quito ni pongo en esto cosa alguna; todo es precisamente, según y como te he dicho; y si acaso dudas todavía, estoy pronta á que hagas la prueba.

Angela. No obstante eso de algunas muchachas ya grandes, se yo, que se les hace insoportable este yugo.

Dorotea. A esas tales probablemente las mides tú por el cuerpo y no por el espíritu: siendo así que la verdadera grandeza se ha de regular por el espíritu y no por el cuerpo.

Constancia. De otras se yo también que se aferran y obstinan; no alegando otra razón para no aplicarse, que la cortedad de su memoria.

Dorotea. Yo las tendría por felices, si su entendimiento no fuese mas flaco y débil que su memoria.

Angela. ¿Qué remedio, pues, para una dolencia de esta especie?

Dorotea. Todo el mundo lo sabe;.....y así dispensadme de que me explique mas claro.

Constancia. Ya te entiendo; y me avergüenzo de que semejantes niñas den lugar á eso.

Dorotea. Mas me admiro yo de que tú te sonrojes de esto cuando ellas mismas no tienen vergüenza: inspíralas algo de pundonor que á tí te sobra, y quizá muy presto las veremos á ellas ponerse coloradas como tú.

Angela. Bastante necesidad tenía yo de que me explicasen bien todas estas cosas, para desengañarme: y voy al punto á desengañar á otras.

Dorotea. Si logras desengañar á estas mismas ganarías sin duda mucho mas.

Constancia. Conque ¿tú las juzgas incapaces de convertirse?

Dorotea. Absolutamente inconvertibles ó incorregibles, no, eso no; pero ordinariamente hay muy poco que esperar de los espíritus preocupados y tercios.

Angela. Tu corta experiencia llega á ponerme en cuidado; y así, yo no me separaré de tí, mientras no vea que mudas de modo de pensar.

Dorotea. Yo seré siempre dócil á todo cuanto quisieres de mí; pero cabalmente la experiencia me ha hecho convencerme de lo que estoy diciendo.

Constancia. Ea: pues yo quedo encargada de hacerlas entrar en el camino; y para en adelante yo salgo por fiadora de ellas.

Dorotea. Bien necesitan para eso de una autoridad como la vuestra; yo, por mí, nada he adelantado con ellas, y me he cansado en valde; y os tendré por dichosas, si no os sucediere lo mismo á vosotras.

Angela. Cuenta de seguro conque no solamente lo haremos, sino que saldremos bien con nuestra empresa.

Dorotea. El Señor lo quiera así. Adios; y espero me déis noticia de lo que sobre esto ocurriere.



CONVERSACION LXXXIV.

SOBRE EL GOZO DE SER PENSIONARIAS (1)

Ozana. Hé aquí, que he llegado al término de mis deseos, y conseguido todo cuanto apetecía.

Rénula. Y ¿qué es lo que quieréis decir con eso?

Ozana. Que he alcanzado de mis padres el ser *Pensionaria*.

Rénula. Yo alabo el que conozcas y tengas esto por una fortuna.

Ozana. En efecto, es felicidad.

Rénula. Dime, de modo que yo lo entienda, en que está esa dicha tan grande.

Ozana. ¡Oh! En que se tiene unas compañeras muy amables, con quienes se pueden pasar bellísimos ratos.

1. En el Real Monasterio de la visitación de Madrid se da á las niñas el nombre de educandas, que en substancia viene á ser lo mismo, que Pensionarias; pues contribuyen con cierta pensión ó cantidad para su educación y alimentos.

Rénula. No se necesita ciertamente mas que verlas, para pensar esto mismo.

Ozana. Y ¿qué? ¿No es esta una cosa muy agradable?

Rénula. Sí; pero, y vuestras Maestras, que es regular quieran siempre ser bien obedecidas, ¿no cercenarán algo de esta satisfacción?

Ozana. No; porque nos mandan y gobiernan de una manera tan atenta, suave y cortesana, que tomamos sus órdenes; mas bien como una súplica, que como unos preceptos.

Rénula. De ese modo, yo no me admiro de que estés tan gozosa de ser Pensionaria.

Ozana. ¿Y si te digo, que por lo tocante al cuerpo, estamos perfectamente bien?

Rénula. Expílicate un poco mas.

Ozana. Quiero decir, que la comida es buena y abundante; y fuera de esto, hay tambien las suficientes recreaciones y desahogos.

Rénula. Todo eso bueno es; pero ¿es esto lo que á tí te lleva mas la atención?

Ozana. He querido empezar por lo que mira al cuerpo, para acabar por lo respectivo al espíritu.

Rénula. Ya; porque si no hubieses de hallar aquí otras ventajas, que las que has dicho no te felicitaría yo por ellas, no.

Ozana. Tendrías mucha razón: mas, por lo tocante al espíritu, tenemos aquí todo cuanto se pudiera desear.

Rénula. Y ¿á qué se reduce? Dí, si gustas.

Ozana. Ante todas cosas, aquí se encuentra buen ejemplo.

Rénula. En ese buen ejemplo ¿qué es lo que mas impresión te hace?

Ozana. La unión y buena harmonía, que las Maestras guardan entre sí; el espíritu de piedad que se hecha de ver en todas sus palabras y en todas sus acciones

Rénula. Yo te considero feliz, en lograr tales Maestras.

Ozana. Pues no es eso todo: escriben, y hablan á la perfección; y enseñan á todo grandamente.

Rénula. Y ¿qué es lo que os enseñan?

Ozana. Todo cuanto puede aprender una niña bien nacida.

Rénula. ¿Y qué mas?

Ozana. A leer, escribir y contar, á tener cortesía; el Catesismo, y todo lo perteneciente á religión: sin hablar ahora de economía y buen gobierno: cosa tan útil para cuando una niña joven llegue á tomar estado.

Rénula. Tienes muchísima razón para estar tan contenta en esta casa.

Ozana. Despues de haberte referido las ventajas que yo encuentro aquí, quisiera me digeses tú, en pago de esto, ¿qué deberé hacer para aprovecharme de ellas?

Rénula. Una sola cosa tengo que decirte; y es, que procures con todo esmero aventajarte á todas tus Compañeras en todas las cosas.

Ozana. ¿no sería esto demasiado orgullo?

Rénula. No por cierto; es una loable emulación.

Ozana. Y ¿qué quiere decir *en todas las cosas*?

Rénula. Quien dice *todo*, no exceptúa nada.

Ozana. Pero yo desearía me hicieses una individual relación de todas estas cosas.

Rénula. Es necesario que procures aventajarte á todas en amor de Dios; en mirar con amor y veneración á tus Maestras; en la aplicación al estudio en la piedad, respeto y devoción en la Iglesia; en el ardiente deseo de tu adelantamiento; en la felicidad en guardar la regla y constituciones de la casa; en la docilidad y obediencia á todo lo que te manden; en la modestia por todo el exterior; en la circunspección en toda la conducta; y generalmente en todas las virtudes que convienen á tu edad.

Ozana. Mucho me parece ya esto.

Rénula. Cuando se tiene celo y buenos deseos, no se encuentra nada, que parezca mucho.

Ozana. Aunque digo, que eso me parece mucho, no pretendo decir que sea demasiado.

Rénula. Tampoco yo presumo tal cosa de tí, por el buen concepto que me mereces.

Ozana. Puedes contar seguramente con que nada, nada omitiré de cuanto acabas de insinuarme.

Rénula. Como así lo hagas, llegarás á ser el modelo de todas tus compañeras.

Ozana. Ya me contentaría yo con poder siquiera imitarlas en algo.

Rénula. Pues para hacer lo que has ofrecido, es me-

nester poner la mira no menos alta, que lo que ya te he dicho.

Ozana. Haré antes la prueba, y no perdonaré diligencia alguna por salir con ello.

Rénula. Yo me regocijo de antemano con la esperanza de que tendrás acierto en esa parte.

Ozana. Ese es todo mi deseo, ciertamente.

Rénula. Si así lo practicares, colmarsa de gozo á tus Padres y tú te adquirirás mucha gloria.

Ozana. No pudieras animarme á ello de una manera mas agradable ni mas gustosa.

Rénula. Tu misma, sí que eres bien agradable y bien contenta.

Ozana. Reconozco, que no soy capaz de manifestarte bastantemente mi agradecimiento.



NOTA.—En el capítulo LXXVII que trata sobre los cielos y los astros, conforme á los adelantos de la Astronomía del tiempo en que se escribió la obra; no quisimos hacer ninguna innovación por no ser inieles al original, que está escrito con la mayor buena intención y con la invariabilidad de las doctrinas de nuestra augusta religión.